

V

Apéndice de psicología comparada

El instinto animal y la inteligencia humana ⁽¹⁾

I.—Como complemento de todo lo anterior, y á modo de apéndice, parece oportuno añadir una exposición sumaria de *psicología comparada* entre la actividad mental superior del hombre y los instintos animales.

Todo el mundo conviene teórica, y sobre todo prácticamente, en reconocer el abismo que intelectualmente separa al hombre del animal. Uno y otro comienzan su evolución psicológica mental en formas aproximadamente semejantes; pero mientras que el segundo queda estacionado y petrificado dentro de ciertos límites que no puede traspasar, continúa el primero su evolución indefinidamente en formas complejas superiores y del todo nuevas, hasta llegar á las alturas del genio. Supóngase un pueblo tan salvaje y degradado cuyo estado mental no diste aparentemente gran cosa del de ciertos animales; pero aunque degradados, aquellos son hombres y poseen un potencial latente que en condiciones determinadas puede desenvolverse hasta adquirir la altura media de cualquier pueblo civilizado.

El animal, en cambio, es absolutamente incapaz de producir ni de asimilarse ningún grado de civilización intelectual. Este es un *hecho* en que todo el mundo, sea ó no evo-

(1) Véase el § *La psicología animal*, de otro trabajo anterior: *Las metáforas en las ciencias del espíritu*, cuyas ideas en parte reproducimos aquí.

lucionista, ha de convenir. De hecho, la conversión ó transformación de los animales en hombres solamente existe en la imaginación teórica de los evolucionistas y en las leyendas de la fantasía salvaje y popular. Si de hecho «nunca se ha visto una especie engendrar otra, y no existe en la ciencia observación alguna absolutamente formal demostrativa de que esto haya tenido lugar jamás» (1), tratándose de la transformación del animal en hombre, éste es un hecho absolutamente cierto é incontestable para todo el mundo sin excepción.

Darwin reconoce que, desde el punto de vista intelectual, existe una enorme diferencia entre el mono mejor organizado y el salvaje del orden más ínfimo; pero su teoría de la evolución selectiva le hace *presumir* que esta diferencia intelectual no es fundamental sino de grado solamente.

Wallace juzga esta presunción injustificada, y cree que la selección no puede llenar el «abismo infranqueable» que separa al hombre del animal, en cuanto se refiere á sus facultades intelectuales; pero dominado también por la idea de continuidad evolutiva de los seres, atribuye el desenvolvimiento intelectual humano á una «causa desconocida» (2). En el fondo de la *psicología animal zoológica*, ha sido general, y aún la encontramos hoy muy extendida en el mundo de los semisabios, la interpretación *antropomórfica* que atribuye á las bestias hasta las facultades más elevadas del hombre, derivada del *a priori* darwiniano de la descendencia. Pero este antropomorfismo puede decirse que hoy no cuenta un solo partidario entre los psicólogos que tienen conciencia del valor de su ciencia (3).

(1) Ives Delage, *L'hérédité et les grands problèmes de Biologie générale*, pág. 184.

(2) Cfr. el art. de E. Peillaube: *L'évolutionnisme et l'intelligence humaine* en la *Rev. de Phil.*, año 1911, vol. II, págs. 225-280.

(3) Cfr. E. Wasmann: *La vie psychique des animaux*. Art. de la *Rev. de Phil.*, año 1910, vol. II, pág. 318.—Hace una treintena de años—escribía Claparède en 1901 (*Rev. Phil.*, núm. de Mayo)—

2.—¿Qué es lo que diferencia mentalmente al hombre del animal; cuál es la nota característica y fundamental que hace del hombre un sér especial y aparte de todos los seres de la escala zoológica? Ponen unos esta superioridad en la moralidad, en la religión, en su aptitud para constituirse en sociedad y vivir en ella jurídicamente; otros en el poder de usar un lenguaje y de inventar medios de expresión y comunicación espiritual; para otros en su aptitud de adaptación y utilización progresiva de la naturaleza. Y como característica propiamente intelectual se señala el juicio: Max Muller llama al juicio el Rubicón del espíritu, que la evolución no podrá traspasar jamás; ó también el discurso, por el que la inteligencia se coloca fuera del tiempo, reconstruyendo el pasado y avanzando lo porvenir; la invención científica, las creaciones del arte, etc.

Ciertamente que de nada de esto se encuentra vestigio alguno en el animal, y es todo característico y exclusivo del

cuando se trabajaba activamente por vulgarizar las teorías darwinianas, presentando al hombre como un mono perfeccionado, era táctica corriente para no chocar con las susceptibilidades del vulgo, dotar á los animales de todas las facultades humanas, con el fin de aproximarlos más y más *al rey de la creación*. De este modo se elevaba al animal sin rebajar al hombre, y la distancia que los separaba iba acortándose cada vez más. Esta parece ser la causa de la prodigalidad con que los sabios como Büchner, C. Vogt, Romanes, el mismo Darwin y muchos otros, han atribuído á los animales toda clase de facultades humanas, hasta las más geniales. Hoy... se trata de hacer volver á los animales á su lugar propio, haciéndoles descender muchos grados de la escala intelectual, adonde con excesiva imprudencia se les había elevado.»—Wundt es uno de los que más enérgicamente han combatido esta tendencia á *humanizar* los animales. No pocos, entre ellos el citado Claparède, se preguntan si «los animales son conscientes» Y algunos llegan á suponerlos, con Descartes, mecanismos desprovistos de toda conciencia aún sensitiva. Sin embargo, la idea madre del evolucionismo, á lo menos como *método*, queda en todos los estudios de psicología empírica, y con ella la tendencia, si no siempre á derivar la actividad humana de los animales, á lo menos las superiores de las inferiores en el mismo hombre.

hombre; sólo el hombre vive moralmente, religiosamente, jurídicamente; solamente él usa é inventa medios de expresión intelectual; sólo él es capaz de civilización y de progreso; él domina la naturaleza y ésta se somete á él. El animal no juzga, no cree ni duda, asiente ni disiente, no es capaz de discurso ni de reflexión, no comprende las leyes y relaciones de la naturaleza, no construye la ciencia, no crea el arte.

Pero si queremos buscar el origen *primero*, fundamental, el germen de donde todo esto sale, como de la semilla el árbol, le encontraremos en el *concepto abstracto y universal*; en este poder original, semidivino según expresión de Aristóteles, que posee la inteligencia humana de comprender y asimilarse la *idea* inmanente en la realidad, el sér y las razones de las cosas; razones de existencia, de causalidad, de relación, de finalidad, de orden, etc. Este poder abstractivo y de universalización, que coloca á la inteligencia fuera de las condiciones del tiempo y de la movilidad continua de las cosas, es el principio del juicio y del razonamiento, de la ciencia y del arte, de la reflexión y de la libertad, de la moralidad, de la religión, de la vida social. Suprimase el principio, y no queda nada de todo esto.

3.—G. J. Romanes, partidario convencido de la descendencia y de la selección en el dominio del espíritu humano, ha visto claro en este punto: que el problema psicológico de la evolución es el *concepto abstracto*. Y dominado por esta idea se ha esforzado vanamente por llenar el abismo que media entre la inteligencia humana y el conocimiento animal, estableciendo la continuidad evolutiva de los *perceptos* y los *receptos* á los *conceptos*. Entre los primeros (sensaciones, percepciones é imágenes generales), comunes al hombre y al animal, y los últimos, propios de la inteligencia del hombre, habría diferencia de grado, no de naturaleza (1). En la primera parte de este libro quedó evi-

(1) Cfr. E. Peillaube: *Lug. ant. cit.*, pág. 244 y sigs.

dentamente probada la distinción original, esencial, irreducible entre imágenes y conceptos, y cómo «toda lógica conceptual está por encima de la asociación de imágenes». No es necesario, pues, insistir y detenernos en este punto.

Solamente haremos esta sencilla observación que *a posteriori* destruye toda la tesis de Romanes; si el *concepto* es el origen de la riqueza de desenvolvimiento mental que observamos en el hombre: moralidad, religión, ciencia, arte, libertad, progreso, lenguaje, etc., etc.; y los *receptos* animales no son sino un grado inferior, pero en esencia idénticos á los conceptos, ¿cómo es que en el animal no encontramos vestigio de estas formas mentales en grado inferior, ni siquiera rudimentario? Supóngase un pueblo salvaje cuyas maneras de vivir apenas difieran, á lo menos exteriormente, de las de los animales; pero estos salvajes son hombres, y poseen un potencial mental que al contacto con pueblos civilizados es educable y susceptible de desenvolvimiento progresivo; un salvaje transportado á un medio civilizado, se asimila esta civilización. El animal domesticado queda tan animal como antes, y los nuevos hábitos é instintos introducidos artificialmente en su estructura psico-fisiológica por el hombre, son en realidad un retroceso, una degradación de su espontaneidad natural. ¿Cómo es que está incapacitado para asimilarse ningún grado de civilización? Los pueblos salvajes, llega siempre un momento en que ó por evolución espontánea de su espíritu, ó por el roce con civilizaciones extrañas, adquieren conciencia de su deber y dignidad personal y cívica, naciendo en ellos el espíritu de independencia; ¿habrá alguien que en serio pretenda que las sociedades animales, no obstante la superioridad de su fuerza física sobre el hombre en unos, la sagacidad y astucia instintivas en otros, la acuidad de sus facultades sensibles y fácil adaptación á medios diferentes en otros, puedan algún día adquirir conciencia de su situación y de su poder, organizar y arbitrar medios para disputar al hombre su independencia; como llega un momento en que lo hacen los

pueblos salvajes, como lo hicieron los esclavos? Esto es sencillamente ridículo. Y sin embargo, esta debería ser consecuencia inevitable; admitida la identidad radical de constitución mental, puesto el principio de que la *lógica de los receptos* (simple asociación de imágenes) y la *lógica de los conceptos* solamente difieren en grados. ¿Se dirá que todo este desenvolvimiento de formas mentales en el hombre lo posee el animal en principio, en germen, como fuerza latente? ¿Y qué es un poder, una actividad eternamente latente, incapaz de traducirse en actos?

4.—La psicología animal sólo puede ser conocida por inducción analógica, comparando las manifestaciones externas de la vida animal con las humanas; y si es necesario tomar cuenta de las semejanzas, tampoco deben olvidarse las diferencias. Observamos en los animales costumbres é industrias maravillosas que á veces superan las invenciones de los más grandes genios, y diríase que poseen una razón superior á la nuestra; pero nos damos pronto cuenta de que estas industrias permanecen estacionarias, que el mismo hecho se repite indefinidamente como en los mecanismos artificiales contruidos por el hombre. Nos extasiamos ante sus admirables instintos y sorprendentes ingeniosidades, y nos figuramos que reflexionan y discurren como nosotros, proyectamos nuestros propios pensamientos en el interior de ellos haciéndolos hombres; pero apenas los hemos elevado á esta altura, cuando los sorprendemos en flagrante delito de estupidez, hasta suponerlos máquinas inconscientes contruidas por la naturaleza (1).

Ciertamente que el animal no es un «*autómata mecánico*», como han dado en suponer no pocos después de Descartes: posee actividades conscientes, sufre y goza, percibe y recuerda, siente necesidades é imagina y prepara medios para satisfacerlas, *imita* el razonamiento humano en sus ins-

(1) Cfr. Cl. Piat: *La personne humaine*, pág. 250 y sig.

tintos complicados, con que atiende á la conservación del individuo y á la perpetuación de la especie. La teoría de los *reflejos mecánicos* y de los *tropismos* no puede dar razón explicativa de los fenómenos de la vida animal; eliminar todo factor psíquico sería una exageración tan injustificada como la de suponer en los animales inteligencia (1).

«Hay en todo animal un autómatas — escribe E. Peillaube —, pero hay también un ser consciente». Hay en él sensaciones, percepciones, imágenes, recuerdos, emociones, necesidades, apetitos, semejantes á los nuestros, ó á lo menos manifestaciones exteriores de su vida análogas á las expresiones de nuestra vida psíquica; distingue las cosas y las personas, busca lo útil y evita lo dañoso, coordina sus movimientos conforme á un plan y un fin. «El animal es capaz de adquirir experiencia, y por consiguiente de aprender y adaptarse, hasta cierto punto, á circunstancias nuevas. Gracias á la memoria que le representa el pasado, asocia por contigüidad y semejanza los objetos, los clasifica por medio de receptos, los utiliza, en fin, para emplear el lenguaje de

(1) Verworn ha sistematizado la teoría de los tropismos, pretendiendo explicar la vida de los animales por simples reacciones mecánicas á los excitantes exteriores. Otros han tratado de extender la misma teoría á todo el dominio de la psicología animal: según Lœb, Bohn, Bethe, Beer, etc., los animales no sienten, carecen de conciencia, no puede por tanto hablarse de «psicología animal», y debe desterrarse el lenguaje con que expresamos sus acciones vitales por antropomórfico. Algunos, como Claparède (*lug. cit.*) admiten el psiquismo animal á título de hipótesis. Pero en general, la mayor parte de los psicólogos, con Wasmann, De Santis, Fabre, Lloyd Morgan, etcétera, admiten la existencia en el animal de un psiquismo inferior, y por consiguiente la legitimidad de una «psicología animal» fundada en la analogía. Acerca del método ultra-fisiológico de los primeros dice Claparède: «...es de ordinario impracticable, ó su empleo no es más que una mixtificación; conduce á complicaciones de lenguaje absolutamente inútiles, ó se resuelve en neologismos pueriles; por otro lado favorece las exageraciones mecanicistas inocentes, y vulgares.» — Cfr. Wasmann: *lug. cit.*, pág. 317. — J. de la Vaissière: *Éléments de psych. expér.*, página 36 y sig.

Romanes, conforme á la *lógica* de los receptos.». Hay también en el animal una especie de «inferencia concreta y práctica de lo particular á lo particular». El prevé de algún modo lo futuro, y dispone los medios en armonía con esta previsión: «el fenómeno de *expectación* es una especie de conclusión en acción.» (1).

Cierto que no es posible sacar de todo esto, y fundados en una simple analogía, una conclusión absoluta y verdaderamente científica respecto de la naturaleza de estos fenómenos, ni aún respecto de su carácter consciente. Sería para esto necesario entrar en el pellejo de los animales, sustituirnos por ellos, verlos por dentro y sentir lo que allí pasa, como ellos se sienten. Ellos tienen órganos para sentir, un sistema nervioso estructural y funcionalmente semejantes á los nuestros, reaccionan á las excitaciones exteriores y se conducen en su vida de relación en parte como nosotros; pero no es imposible concebir todo esto dirigido por un principio, psíquico desde luego, pero muy diferente de la idea que tenemos de nuestra vida psicológica. Y tengo para mí, que si nos fuera dado tener intuición directa y positiva de la psicología animal, quedaríamos sorprendidos ante la distancia de la realidad, á la idea de esta realidad que por analogía nos formamos.

5.—El animal no es, pues, una «máquina»; la inducción nos fuerza á reconocer en sus acciones instintivas y en sus adaptaciones vitales un principio psíquico de espontaneidad y de conocimiento, superior al juego fatal de fuerzas mecánicas.

¿Pero, en qué consiste este principio psíquico? ¿Habríamos de suponer en él una inteligencia semejante á la humana, capaz de concebir lo abstracto y universal, y de comprender las razones de las cosas? «Es deplorable la confusión

(1) *L'énvolutionnisme et l'intelligence humaine* en la *Revue de Philosophie*, año 1911, vol. XIX, p. 279.

de ideas y la falta en precisión analítica en la mayor parte de los naturalistas, aún los mejores, cuando se trata de psicología animal. De ordinario, estos hombres de ciencia comienzan por distribuir las acciones de los animales en dos grupos: las unas, marcadas con el sello de la fijeza y de la uniformidad, son atribuidas al *instinto*; las otras, las que presentan ciertas variaciones individuales momentáneas, las hacen depender de la *inteligencia*. Así la psicología animal completa se explica por dos factores, el instinto y la inteligencia. ¿Pero qué son este instinto y esta inteligencia? He aquí lo que generalmente no se define ni concreta; se habla de una «cierta» inteligencia en los animales, de una inteligencia «de cierta especie», prueba evidente de la imprecisión de los términos empleados.» (1).

Esta vaguedad é imprecisión no son de lenguaje solamente. Después de una breve reseña de las principales obras de psicología animal, hace suyo G. Villa este juicio justo y severo de Wundt, quien dice: «no ser posible deducir de todas las observaciones hechas sobre los animales ninguna explicación psicológica precisa y estable; siendo la principal causa, que tales estudios proceden de simples naturalistas y zoólogos, ó de personas desconocedoras de las leyes y los métodos psicológicos.» (2).

Habitados los naturalistas-psicólogos á proceder en los análisis y clasificación de los seres por semejanzas externas, no aciertan á discurrir sino es por comparaciones imaginarias, en que basan sus inducciones explicativas. La lógica y la filosofía suele ser terreno vedado á sus inteligencias. De aquí es que cuando se proponen estudiar al hombre descienden á buscar la explicación de su naturaleza en los seres inferiores; y cuando tratan de explicar estos últimos suben al hombre en busca de explicación adecuada, sin salir del círculo de comparaciones estériles, y de transposiciones metafóricas

(1) Mercier: *La Psychologie*, 5.ª ed., pág. 234.

(2) G. Villa: *La Psicología contemporánea*, pág. 90. Torino, 1899.

de conceptos. De aquí también que los estudios de psicología animal hechos por naturalistas ó *dilettantes*, faltos por lo general de hábitos lógicos y de reflexión psicológica, no puedan sustraerse al peligro de caer en un antropomorfismo pueril y hasta ridículo: los maravillosos instintos observados en la vida y costumbres de ciertos animales, los fascinan, haciéndoles proyectar su propia inteligencia en el interior de los pobres animales, suponiendo en éstos las mismas ideas y razonamientos con que ellos mismos discurrirían en semejantes circunstancias (1).

No dejan de ser curiosas y entretenidas ciertas descripciones de psicología y sociología animales, sobre todo acerca de las costumbres é industrias de algunos insectos, como las abejas y las hormigas. Nos parece estar viendo á hombres diminutos organizados en sociedades y con perfecta conciencia de cuanto hacen, pensando y discurriendo medios de previsión para atender á sus necesidades y hacer la vida feliz, con sus leyes morales y jurídicas, dándose, en fin, cuenta de todos sus actos. Se supone á los pobres animalitos obrando con el mismo fondo de ideas, pasiones y sentimientos con que obran los hombres; aquello es una traducción fiel de las sociedades humanas en pequeño; hay allí una inteligencia que produce ideas como la nuestra, formula juicios, razona y discurre acerca de las cosas como nosotros, á veces más acertadamente que nosotros.

Algunos extreman sus simpatías generosas para la especie animal hasta ver en ella manifestaciones inequívocas de ideas y sentimientos estéticos, morales, sociales, y hasta religiosos. Los animales poseen igualmente un lenguaje con que se comunican sus pensamientos y emociones, lenguaje

(1) Lloyd Morgan y, sobre todo, Ed. Thorndike han criticado con justa severidad esta tendencia vulgar seguida por naturalistas y psicólogos como Romanes, Lubbock, etc., de introducir en la psicología animal su propia psicología, é interpretarla al través de la conciencia superior humana. (Lloyd Morgan; *Animal Life and Intelligence*, 1890; Ed. Thorndike: *Animal Intelligence*, Psych. Rev. 1898.)

que no hemos llegado á descifrar todavía, como ellos no comprenden el nuestro; el día que se llegue á una mutua inteligencia, y quizá no esté lejos el en que la evolución haga este milagro, hombres y animales vivirán «como hermanos» en reciprocidad mutua de derechos y deberes, borradas de hecho las diferencias que en derecho no existen; al modo como la evolución histórica de la humanidad ha hecho desaparecer los prejuicios de diferencias naturales entre esclavos y dominadores. No nos dicen estos sabios si los animales poseen también una ciencia para su uso, que la dificultad de entendernos impida conocer, puesto que inteligencia para construirla no les falta; y quizá tenga razón quien dijo, que, «en esta evolución constante y sucesiva de los animales, un mono ó un gorila podrán ser un Newton ó un Leibniz.» Esto, si es que los animales no están ya de vuelta en el camino de la evolución; porque no falta quien cree que el «razonamiento inconsciente» que se manifiesta en los instintos de los animales es el ideal de perfección intelectual á que el hombre no ha llegado todavía. (1).

Todo esto podrá ser muy entretenido y ameno, pero no tiene nada de científico. Al leer ciertos trabajos en que se describen minuciosamente las costumbres de algunos insectos

(1) A título de curiosidad solamente, citamos aquí el libro de un tal Dr. Marechal acerca de psicología comparada. (*Supériorité des animaux sur l'homme*, 1901), en donde se considera el estado de inconsciencia de los instintos animales como el ideal superior á que el hombre tiende en su evolución, reputándose á éste en situación de inferioridad mental respecto de los animales. Hasta el lenguaje de estos se supone más perfecto que el del hombre, por ser universal, una especie de volapuk, que hace entre ellos inútil el uso de diccionario. A no ser por el tono formal y serio en que el libro está escrito, hubiérase creído que el autor se había propuesto dar una bruma pesada á los lectores. Se revuelve airado contra Descartes por haberse atrevido éste á comparar á los animales con artefactos mecánicos, llamándole «imbécil genio»; y no se da cuenta de que al pretender elevarlos sobre el hombre, lo único demostrado cumplidamente es que se puede ser «imbécil» sin ser «genio»

tos ó la vida social de los animales, acompañados de una interpretación psicológica al través de la psicología humana, no se puede menos de pensar en cierto género de composiciones literarias heroico-cómicas, con la diferencia de que en los primeros piensan los animalitos y discurren, pero no hablan, ó á lo menos no entendemos su lenguaje, y en las segundas se les hace además hablar el lenguaje de los hombres. «Los poetas tienen algún derecho para que no se les tome siempre en serio las cosas que dicen; pero los sabios no gozan de este privilegio; y el sabio, en estos casos, ha convertido en afirmaciones científicas los juegos de imaginación del poeta.» (1).

6.—Una cosa debe quedar definitivamente sentada y en la que parece inútil mover discusión; á saber: que la actividad intelectual humana se extiende á un orden absolutamente extraño al animal: el animal no conoce la justicia, la moralidad, la religión; no habla un lenguaje conceptual, no inventa la industria, no construye la ciencia, no crea el arte. Y si en esto consiste la razón, evidentemente los animales carecen de ella.

Pero si el animal no presiente ni alcanza con su mirada estas regiones superiores de la actividad humana, dentro de los límites restringidos del orden material y sensible en que se mueve su vida, posee instintos maravillosos que imitan el razonamiento humano, traduciéndose exteriormente en resultados semejantes á las producciones de la inteligencia humana, en conjuntos tan sorprendentes por su complejidad y armonía y tan sabiamente dispuestos, que en muchos casos superan á las creaciones humanas. Son de tal naturaleza las obras del instinto, que parecen inexplicables á no suponerlas dirigidas por nociones de utilidad y conveniencia, previsión, finalidad, proporción de medios y fines, etc., de un orden superior al sensible.

(1) P. de Bonniot: *La bête comparée à l'homme*, pág. 48. París, 1899.